

Discurso pronunciado por el Dr. Schulze á nombre del cuerpo Médico extranjero.

Le devoir, toujours si penible, d'accompagner à sa dernière demeure un ami que la mort enlève, se présente à nous aujourd'hui avec des circonstances qui en atténuent l'amertume.

Le confrère distingué que nous venons de perdre n'est tombé, vaincu par le destin, qu'après avoir rempli une longue et digne carrière des nombreux services que lui permettaient de rendre à l'humanité un talent ircontesté et un dévouement sans bornes.

Multis ille bonis flebilis occidit.

Que ceux qui ont l'autorité de le faire, collègues ou élèves du défunt, célèbrent la part importante qui lui revient dans la fondation de l'École Mexicaine dont l'allure décidée et les progrès chaque jour plus marqués illustreront sa mémoire: qu'ils disent les éminentes qualités d'esprit qui l'ont distingué pendant la vie et apportent sur cette tombe le tribut légitime de leurs hommages et de leurs regrets. Il ne m'appartient que de rappeler ici les mérites de l'homme honnête, toujours prompt à offrir à ses malades les secours d'une science profonde, d'une attention sympathique, d'une expérience consommée, et, avec la bienveillance d'un esprit dégagé de tout préjugé national, toujours prêt à aider ses collègues des lumières d'une intelligence peu commune.

Adieu, noble et distingué confrère, au seuil de l'Eternité qui pour toi commence, nous nous séparons de toi, mais ton souvenir nous reste, gage de concorde et de sympathie.

DR. SCHULZE.

Discurso pronunciado por el alumno D. Ricardo Vértiz, á nombre de la Sociedad Filoiátrica y de Beneficencia de los alumnos de la Escuela de Medicina.

“La gloria de los hombres grandes no se encierra en el mármol que los cubre: su tumba es el universo entero.”

SEÑORES:

Al recorrer las páginas de la historia, las hazañas de los conquistadores, las acciones de los héroes y la gloria de los sábios, arrebatan y cautivan nuestra alma, nuestro corazón se enternece, y el lenguaje parece estéril para expresar nuestros sentimientos.

Esto pasa en mi alma al recordar, no las hazañas del guerrero, que su gloria salpica con sangre; sino al sábio catedrático, al ilustre médico, al bondadoso amigo.

Aquí en este recinto, donde el lenguaje de la adulacion muere á orillas de la tumba, mi trémula voz no puede referir tus méritos, ni pintar tu gloria: tu vida es la mejor pintura, monumento inmortal que levantaste y que concluiste hoy y á quien nó derruirán los vientos y las lluvias, ni el manto del olvido lo encubrirán jamás.

Cumpliste tu misión sobre la tierra: sacerdote de la medicina, siempre estuviste pronto para correr al lecho del dolor; despreciabas tu existencia cuando podías

arrancar á la muerte una víctima; tu abrias los tesoros de tu corazon para acallar los gemidos del huérfano y enjugar el llanto de la viuda.

Ansioso por saber, muy largos años pasas en el estudio, comprendes de la ciencia los arcanos, y bondadoso los difundes en medio de la juventud estudiosa que llena las aulas buscando los medios de aliviar á sus hermanos.—Tu contribuiste poderosamente para fundar ese plantel, que es una de las glorias del mundo de Colon; en él es donde buscamos el manantial de ciencia, los que nos dedicamos á la difícil profesion del médico; allí, en su seno, nació la SOCIEDAD FILOIÁTRICA, á quien tengo la honra de representar, obra de alumnos entusiastas que quisimos, reunidos con el dulce vínculo de la amistad, aliviar las desgracias del pobre y procurar el adelanto de la ciencia. Esta Sociedad, que cuenta en su seno á todos los alumnos médicos, no olvidará al sábio que la muerte nos ha arrebatado; lo mirará como una antorcha de la ciencia, como uno de los bienhechores de la juventud. Consagraremos en nuestros corazones un altar á su memoria, repetiremos siempre con respeto su nombre venerable, y el ejemplo de su vida será el faro que nos guie en el borrascoso mar que atravesamos.—Dije.

RICARDO VÉRTIZ.

Discurso pronunciado por el alumno D. Antonio Dominguez, á nombre de los alumnos de 4º año de Medicina.

Henos aquí, como hace dos años, conduciendo á su última morada al cadáver de uno de nuestros hombres más ilustres. He aquí á la Escuela de Medicina viniendo en masa, ahora como entonces, á agruparse silenciosa en torno de esa tumba: la Academia que pierde un compañero, los alumnos á quienes deja para siempre un maestro tan querido, todos, con el duelo en el alma y las lágrimas brotando de los ojos, nos reunimos para quemar en los altares de la muerte, el incienso del último holocausto.

La humanidad sucumbe al terrible anatema lanzado por el Dios Omnipotente, y contra él nada pueden el esplendor de las riquezas, nada el sublime arrebató de los triunfos, nada la gloria apacible y modesta de la ciencia; el pobre como el rico, el débil como el fuerte, el ignorante como el sábio, todos van desapareciendo unos tras otros, al furor de la mano invisible que los arrebató del seno de la vida.

Preguntemos á esos monumentos, qué es de tantos seres envueltos en la noche de los siglos, y ellos nos contestarán con el silencio: levantémos esas losas que esconden las cien generaciones, y allí no encontraremos más de polvo.

La nada para el cuerpo, el olvido, la nada para el hombre, este es el mas allá de la existencia.....

Erazo ha muerto: pronto sus restos habrán desaparecido como todos, en lo hondo del sepulcro; pronto el eco de su nombre se irá debilitando poco á poco hasta llegar á extinguirse en las inmensidades de los tiempos; apenas quedarán entrelazadas á una cruz las místicas flores que venga el amor filial á depositar sobre su tumba.

Pero no, hay en el pecho una pasión sublime, en el alma una virtud divina, el amor, la gratitud, que eternizan la memoria de quienes han sabido alimentarlas. ¿Qué gloria mas hermosa, qué inmortalidad mas noble y grande, que la siempre envidiada de recordar á un hombre por sus beneficios, que la de legar á